

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic

Phi

PQ6217

.T44

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 16
no. 1-14

SF
B40

P06217
.T44
vol. 16
no. 1-14



a 00002 33996 3

eKS
FIVE
out on

3517
SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

DIANA CAZADORA

o

PENA DE MUERTE AL AMOR

ZARZUELA CÓMICA EN TRES CUADROS

MÚSICA DE

MARÍA RODRIGO



14
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

—
1915

DIANA CAZADORA

o

PENA DE MUERTE AL AMOR

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1915, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

DIANA CAZADORA
O
PENA DE MUERTE AL AMOR

ZARZUELA CÓMICA EN TRES CUADROS

MÚSICA DE

MARÍA RODRIGO

Estrenada en el TEATRO DE APOLO el 19 de Noviembre
de 1915



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.^o

TELÉFONO NÚMERO 551

1915

REPARTO



PERSONAJES

ACTORES

DIANA.....	Victoria Argota.
AMALITA.....	Consuelo Mayendía.
DOÑA TULA.....	Elisa Moreu.
	Pilar Perales.
VARIAS MUCHACHAS.....	Francisca Nava.
	Paula Cortés.
	María Gavilán.
	Piedad Gavilán.
DON PEPE ALCOLEA.....	José Moncayo.
DIEGUITO FLORIDO.....	Casimiro Ortas.
LUCAS.....	Pablo Gorgé.
EL MARQUÉS DE LA ESPUELA DE GALÁN.....	Vicente García Valero.
JUAN CORRALES.....	Carlos Román.
REBOLLEDO.....	Cristóbal S. del Pino.
JOSÉ MARÍA.....	Luis Fischer.
RINCONERA.....	Robustiano Ibarrola.



DIANA CAZADORA

o

PENA DE MUERTE AL AMOR

CUADRO PRIMERO

En Alminares, pueblo de Andalucía, en casa de doña Tula Galiana de Ruiz, y en la habitación llamada media-casa por aquellas tierras. A la izquierda del actor el portón de entrada; a la derecha una puerta vidriera, y al foro un arco y dos grandes ventanas de antepecho, que dan a un patinillo con visos y honores de jardín. Todos los huecos, menos el del portón, rematan con medios puntos de cristales de colores. Suelo de losetas amarillas y rojas. Techo de bovedillas. Una gran lámpara. Velador, piano, sillas antiguas de rejilla, mecedoras, perchero, etc., etc. Dos o tres cuadros insignificantes.

Es de noche, a fines de Mayo, y están encendidas la lámpara y las luces del piano. Al fondo, en el patinillo, luz de luna. El portón, entreabierto.

REBOLLEDO, pianista comodín de la localidad, termina airoosamente la ejecución—en el buen sentido de la palabra—de una pieza de música, ni callejera ni de virtuoso. DOÑA TULA la oye complacida y casi con los ojos en blanco.

Doña Tula lleva muy bien sus cincuenta y cinco. No tiene mal

ver todavía, y es persona dada al trato social, bondadosa y amable, aunque no tanto como Rebolledo, que además de ser la quinta esencia de la dulzura, habla siempre como si llevase un caramelo en la boca.

Doña Tula. Muy bonito; muy bien. ¿De dónde es eso, Reboyedo?

Rebolledo. De una sarsueliya. ¿Quiere usted que toque otra cosita, mientras no viene nadie?

Doña Tula. No; muchas gracias. Resérvese usted un poco. Bastante guerra le daremos a usted después.

Rebolledo. Ya sabe usted que lo hago con gusto.

Doña Tula. Si no fuera por usted, Reboyedo, esta tertulia de mi casa sería sosísima. Porque cuando se dise a tocá er piano, to er mundo escurre el hombro.

Rebolledo. Pos aquí tiene usted a Reboyedo pa tocá lo que sea presiso.

Doña Tula. Y esa es la verdá. Lo mismo toca usted a Beethoven que unas peteneras.

Rebolledo. Lo mismo. La tecla no tiene predilecciones: obedese ar dedo siegamente.

Hace varias escalas para demostrarlo.

Por el patinillo atraviesa LUCAS, viejo criado de la casa y hombre serio y parsimonioso. Doña Tula lo llama.

Doña Tula. ¡Lucas!

Lucas. Señora.

Doña Tula. Pasa, pasa aquí.

Lucas. Obedeciendo. Con la venia.

Doña Tula. Yégate ar Casino y dile a mi marido que la señora forastera acaba de anunsiarme por Reboyedo que seguramente vendrá a la tertulia: que se lo aviso, por si quiere dejá er tresiyo antes que otras noches, y vení a saludarla siquiera.

Rebolledo. Ofreciéndose. ¿Le parese a usted que me ye-gue yo a darle esa rasón a don Arturo?

Doña Tula. Gracias, Reboyedo.

Rebolledo. Tendré en eyo un plaser muy grande.

Doña Tula. Gracias; no es necesario. Lucas irá. ¿Te has enterao, Lucas?

Lucas. Sí, señora. Ahora mesmo voy. ¿Argo más?

Doña Tula. Nada más.

Lucas. Con la venia. Vase por el fondo.

Doña Tula. A mi marido estas tertulias lo ponen frenético; pero lo que es yo me perezco por que venga gente a mi casa. Un pueblo como este Arminares sería un *aburridero* si no nos tratáramos unos con otros. Y que nada se pierde nunca con un ratito de buena sociedad.

Rebolledo. Eso está perfectamente dicho, doña Tula. Aquí tiene usted a su sobrinita.

En efecto, ha llegado AMALITA por el portón. Es una monada con falda de lunares y mantón de espuma.

Amalita. Buenas noches, tía Tula. Buenas noches, Ricardo.

Rebolledo. A los pies de usted.

Doña Tula. Ven con Dios, pimpoyo. ¿Y tu madre?

Amalita. Un poquiyo mejor está de sus dolores; pero no se ha determinao a salir. ¡Qué sola, todavía!

Doña Tula. Es temprano. ¿Sabes, Amalita? Por fin tendremos esta noche a la torastera.

Amalita. Me alegro. Ganas de tratarla tengo ya. Es guapa.

Doña Tula. Eso disen, que es guapa.

Rebolledo. Mejorando lo presente, es guapa, es guapa.

Amalita. ¿Con quién va a venir?

Doña Tula. ¿Con quién ha de sé? Con el *introducctor de embajadores* en mi casa: ¡con mi amor platónico!

Rebolledo. El marqués de la Espuela de Galán.

Amalita. ¡También he sido yo tonta ar preguntarlo!

Doña Tula. Conose mis gustos de sociedad, y satisfacción que ér pueda proporsionarme...

Amalita. Tía Tula, esas pasiones no se estilan ahora... ¿Qué tiempo yeva ya er marqués adorándola a usted en silencio?

Doña Tula. ¡Qué sé yo! Desde mis quince años. Antes de mis bodas, nunca se atrevió a desirme palabra. Argunos cantares sí me compuso. Y después de casada, mucho menos había de atreverse.

Amalita. Pos lo que es ya, lo entierran sortero.

Doña Tula. Sí; lo que es ya... con sesenta a la cola...

Amalita. Por supuesto, se merese er castigo. En el infierno debía habé una cardera pa los hombres que no se desiden a tiempo: pa los egoístas, pa los distraídos, pa los volanderos, pa los mariposones...

Oportuamente asoma por el portón DIEGUITO FLORIDO y pregunta:

Dieguito. ¿Ze hablaba de mí?

Amalita No era de ti, pero te arcansa er cuento.

Dieguito es un niño rico de la localidad, absolutamente feliz, que está rifado. Viste a lo señorito, con sencillez, pero con ciertos pujos de elegancia. Trae un terno de piqué blanco y zapatos de lona. Deja sombrero y bastón en el perchero.

Dieguito. Buenas noches.

Rebolledo. Buenas noches.

Doña Tula. Buenas noches, Dieguito.

Dieguito. Doña Tula, ahora es moda bezá la mano.

Doña Tula. Pos besa, hijo.

Dieguito. Amalita...

Amalita. ¡Bésate las narises!

Dieguito. Intentándolo en vano. No puedo. Conste, doña Tula, que me he limpiado los pies en er ferpudo der zaguán.

Doña Tula. Así se hace.

Amalita. ¡Bueno lo habrás puesto de tisa! ¡Qué zapatos, Dieguito! ¿Te has caído en una obra?

Dieguito. ¿Zon feos los zapatos? ¿Te vas a meté con los zapatos? Zeñó, que me gusta que er carzao juegue

con la americana y con er pantalón. Como me gusta que la corbata juegue con los carretines y con er pañuelo.

Amalita. Sí; la cuestion es tomá las cosas a juego, ¿no es verdá?

Dieguito. De ezo no me he enterao. Tú, como ziempre, malicioza. To lo yevas por er mismo camino.

Amalita. Por er que me conviene.

Dieguito. Zi; pero no ze pué viví tranquilo ar lao tuyo. Uno, que quié zé libre como er pájaro... Cuando más descuidao está, le clavas tú un arfilé hasta la cabeciya.

Amalita. Si las verdades son arfileres... Ya sé que estuviste anoche en casa de Teresa Carmona...

Dieguito. Me gusta oírla cantá.. me gustan zus ojos...

Doña Tula. ¿Y de la de Marín, qué te gusta? Porque er domingo la acompañaste a misa de dcse.

Dieguito. Me gusta zu trato... me gusta como ze pone er velo...

Rebolledo. ¿Y de Consuelito Talavera?

Dieguito. Me gusta zu hermana. Ya zaben ustedes la copla que he puesto en mi escudo.

*No quiero querer a nadie
ni que me quieran a mí:
quiero andar entre las flores,
hoy aquí, mañana ayí.*

De pazao mañana no me ocupo.

Amalita. ¿Ni de vé que hay quien padese con esas cosas tuyas? Mar corasón que tienes.

Dieguito. Tampoco de ezo me he enterao.

DON PEPE ALCOLEA y JUAN CORRALES se cuelan de rondón. Es don Pepe Alcolea un hombre de cuarenta y tantos años, jactancioso y de los llamados «castizos.» Juan Corrales es un desocupado del pueblo, propicio siempre a toda broma.

Corrales. ¡Aquí está don Pepe Arcolea, er ganadero,

que no se cambia hoy por ningún ganadero de España!

Don Pepe. ¡Chachipé!

Corrales. Buenas noches.

Todos contestan. Corrales da la mano a las señoras.

Don Pepe. Yéndose flechado a Dieguito, aun antes de quitarse el sombrero. Oiga usted, nene: ¿yo había mandao a Mansanares una corria de seis mansos, eh? Pos vaya usted enterándose. Saca del bolsillo un fajo de telegramas y telefonemas. No vi a leé más que uno. Er primero: sin escogé. Lee. «Corria *colosalísima*. *Colorao*, dos cabayos; *Betunero*, tres cabayos; *Bonito*, cuatro cabayos; *Caprichoso*, ¡siete cabayos! *Gitanito*, ¡ocho cabayos! *Lusero*, ¡nueve cabayos! Totá, treinta y tres cabayos. Se ha suisidao er contratista de cabayos. Emocionándose. Al arrastre der *Caprichoso*, der *Gitanito* y der *Lusero*, obligó er público a darle a ca uno dos vueltas a la plasa, *ovasionando* con delirio ar ganadero en las personas de las reses. Se enjuga una lágrima. Mil abrasos. Pepe Calahorra.» ¡Seis mansos que había yo mandao a Mansanares!

Dieguito. Hombre...

Don Pepe. ¡Seis monas!

Dieguito. Hombre, yo...

Don Pepe. ¡Treinta y tres cabayos pa el arrastre y er contratista en er campo santo! ¡Que lo cuente otro ganaderito! Y buenas noches a to esto. Usted me dispense, doña Tula, pero cuando se toca a la familia, pierdo pies.

Doña Tula. Ya, ya: no nos coge de nuevas.

Don Pepe. Conque a tragarse, poyo, to lo que había usted hablao en er Casino.

Corrales. Y a pagá la convidá pa los que estábamos ayí presentes.

Dieguito. ¿Cómo es ezo? Le arvierto a usted, don Pepe, que yo me alegro mucho de que los toros de usted zean bravos. ¡Yo no voy a ponerme delantel

Corrales. No te distraigas: ¡a pagá la convidá!

Dieguito. De ezo no me he enterao.

Don Pepe. ¡Pos a Cádiz he mandao ayé seis caracoles!

Dieguito. Muy bien que los guizan ayí.

Amalita. Estoy notando que se encona la rivalidá entre don Pepe y Diego.

Dieguito. Cuestión de novias. No le dejo una.

Don Pepe. Poniendo en sus palabras todo el desdén que el rival le inspira. ¿Qué le contesto yo a este niño? Y a propósito, doña Tula: ¿viene por fin esta noche la viudita esa?

Doña Tula. Sí, señó; por fin. Esperándola estoy.

Corrales. La veremos de serca.

Don Pepe. Er que no la haya visto.

Dieguito. Yo.

Amalita. Se han puesto de moda las viudas.

Doña Tula. Verdá que sí.

Amalita. ¿Qué haría yo pa quedarme viuda?

Rebolledo. La forasterita en cuestión es además una viuda elevada ar cubo, si se me permite la frase.

Dieguito. ¡Hay que vé; tres veces viuda!

Don Pepe. ¡Y guapa veintisinco veses! Le viene de casta. Toas las que yevan ese yerro son juncales.

Corrales. ¿Usté la ha tratao?

Don Pepe. Me la presentaron en la feria e Jerez, hase dos años. Iba ya de alivio der terser marío. Es una mujé que avasaya. Dos ojos tiene que desde lejos paese que gasta gafas negras.

Rebolledo. ¿Y es joven, no?

Don Pepe. De veintisinco a treinta abriles.

Dieguito. ¿Na más?

Don Pepe. Na más. ¡Y ha despachao ya media corrial! Mucho cuidao con eya, nene.

Dieguito. ¡Dios me libre!

Amalita. Dieguito ve los toros desde la barrera.

Dieguito. Zí; pero loz hay que zartan ar cayejón, Amalita.

Vuelve LUCAS.

Lucas. Con la venia, señora.

Doña Tula. ¿Viste ar señorito?

Lucas. Y me ha dicho que hará por vení, pero que si no viene, usté no se sorprenda.

Doña Tula. Pos ya sé que no viene.

Lucas. ¿Argo más?

Doña Tula. Espérate. Aquí Lucas puede darles a ustedes notisias...

Lucas. ¿De qué?

Doña Tula. Se estaba hablando presisamente de esa señora.

Lucas. ¡Ah!

Dieguito. ¿También usté la conoce, Lucas?

Lucas. Un hijo mío, Curro, sirvió en casa der señor marqués del Asofaifo...

Dieguito. ¿Er zegundo marío?

Lucas. Er segundo.

Don Pepe. Entendámonos. ¿Cuá rompió plasa?

Doña Tula. ¡Qué manera de preguntá por un marido!

Lucas. Rompió plasa, como dise don Pepe, un señorito de Doña Molina, buen moso é, yamao don Antonio Palomiyo. Y le siguió en suerte, vamos ar desí, er señor marqués del Asofaifo. Y, claro está, sirviendo mi hijo en casa der señor marqués, más e cuatro veses me ha relatao a mí curiosos pormenores de la señora.

Corrales. Hombre, cuente usté.

Dieguito. Zí, zí; vamos a cortarle un vestío antes de que yegue.

Lucas. ¿Y no más vale que sierre mi pico?

Dieguito. ¿Por qué?

Lucas. Porque si ya es notorio, señorito, que doña Diana va a tomá casa en Arminares, ¿ustés me com-

prenden? como eso no hay quien lo remedie ni lo impida, creo yo que es preferible inorá que sabé. ¿Está explicao?

Dieguito. No, que no está explicao. ¿Qué vamos perdiendo con zabé?

Amalita. Tienes mucha rasón. Enterarse de siertas cosas siempre es conveniente.

Doña Tula. Habla, habla sin reparo ninguno, Lucas.

Lucas. Con la venia. Pos han de sabé los señores, en primer lugá, que con doña Diana la viuda caminan siempre los trastornos. Pueblo a que yega, pueblo arborotao.

Don Pepe. ¡Lo creo!

Lucas. Pero no por el aqué de que se arboroten los hombres en presensia de una mujé guapa, ¿ustés me comprenden? que esto no sería de notá; sino porque eya yega, le echa el ojo a uno, y aquér cae.

Risas.

Dieguito. ¡Qué Lucaz este!

Lucas. Su historia acredita lo que yo digo. Sortera estaba, yegó a Doña Molina, se encaprichó de don Antonio Palomiyo, y antes de tres meses se casaba con é... y antes del año lo enterraba.

Don Pepe. ¡Una faenita corta!

Lucas. Se marchó de Doña Molina, porque a la cuenta le era enojoso seguí morando ayí, y en Puente Reá se repitió la mesma historia poco más o menos, con er marqués del Asofaifo. Lo conquistó, se casó, y a los pocos meses de matrimonio ..

Don Pepe. ¡Las muliyas!

Lucas. ¡Las muliyas! — dicho sea con respeto.

Amalita. ¡Ay, Jesús!

Lucas. Y er fin der cuento ya lo conosen los señores: en Arenales der Río, hay ahora dos años...

Don Pepe. ¡Sí; *dobló* er terserol! ¿Es eso to lo que sabes, Lucas?...

Lucas. No, señó; que sé más de un por qué.

Amalita. ¡Pero esa mujé es una epidemia que va de pueblo en pueblo!

Dieguito. Zólo que en ca pueblo no hay más que un cazo. ¡Ezo zí; furminante!

Corrales. Hasta que le venga la contraria.

Rebolledo. Hombre, lo que iba a desí yo. Me lo ha quitao usté de la boca.

Doña Tula. Ya no se mueren ustedes este año.

Dieguito. ¡Como no ze caze alguno con la viuda!

Don Pepe. ¡Ja, ja, ja!

Lucas. ¿Se ríe don Pepe?

Dieguito. ¿Va a habé que huirle a una mujé tan guapa?

Amalita. ¡Qué lástima! ¿Verdá, Dieguito?

Lucas. Iguá tiene huirle que no huirle.

Dieguito. ¿Eh?

Lucas. Er que eya escoja se lo yeva, aunque se meta en los profundos. Usa un arte inferná.

Don Pepe. ¡Señó, porque habrá dao hasta ahora con noviyeriyos!

Lucas. No digo que no; me remito a las pruebas. ¡Una mujé que en la fló de la edá ha vestío luto por tres hombres!... Y eya, como los buenos casaores, se jata de que donde pone el ojo pone er tiro. *Ése*, dise eya, y *ése* es.

Dieguito. ¿Por qué no zeñala usté pa otro lao?

Lucas. Así acontesió en Doña Molina, y en Puente Reá, y en Arenales.

Dieguito. Un si es no es temeroso. ¿Y quién le ha recomendado este clima?

Don Pepe. ¿De manera que *ése*, y *ése* es? ¡Como quien va a la plasa y escoge un poyo pa guisarlo! ¡Vamos, hombre!

Lucas. De eso se jata eya, torno a repetí.

Don Pepe. ¿Se qué?

Lucas. Se jata.

Dieguito. Ze jarta, quiere decí Lucas.

Lucas. No, señó; no quieo desí se jarta: quieo desí lo que he dicho: se jata. ¿Ustés me comprenden? Se jata, blasona de eyo, presume, tiene esa arrogancia, ese alarde, se enorguyese... ¿Está explicao?

Rebolledo. A la perfesión, amigo Lucas: la viuda se jacta; se jacta. ¿Comprende usté, Dieguito? ¡Se jacta!

Lucas. Justo.

Dieguito. ¡Ah! ¿ze *jacta*? Ezo no lo pronuncio yo bien como no me trague una espina. ¡Jac! ¡jac!

Lucas. Y los señores han de vé si andando er tiempo nos acordamos o no nos acordamos de esta conversación. Y verán asimesmo cómo dentro de pocos días comiensan a ocurrí cosas nuevas en Arminares; y cómo hay peleas entre los hombres, y anónimos, y amenazas, y letreros y sentensias por las esquinas, y fantasmas de noche...

Dieguito. ¿Fantasmitas también?

Lucas. También. A to echa mano eya pa conseguí sus fines. En na repara. Cuando a mí me dijeron que a Arminares venía, yo no respondí sino esto:—Preferiría la langosta en los trigos y la filosea en las viñas, a esa señora en las casas der pueblo. Y dicho quea. ¿Argo más, doña Tula?

Doña Tula. Anda con Dios.

Lucas. Con la venía. Se retira por el patinillo.

Dieguito. Ziempre ha zío este Lucas un poquito lúgubre. Buen hombre, zerviciá, honrao zi loz hay... pero una mijita tenebrozo. ¿Está explicao?

Don Pepe. ¡Como que a creerlo a é, Arminares va a convertirse en la *Andalusía trágica* de que hablan los periódicos!

Corrales. ¡Pos ahí tenemos a la viuda!

Amalita. Es verdá; ya está ahí.

Dieguito. ¡Pos vamos a encomendarnos a Dios!

Don Pepe. Y que viene de negro y plata.

Movimiento de gran curiosidad. El MARQUÉS DE LA ESPUELA DE GALÁN abre de par en par el portón para presentarse en la tertulia del brazo de DIANA, dándole al hecho la solemnidad que merece. Viste Diana de negro con mantón blanco. Su sola presencia acredita las afirmaciones de Lucas. El Marqués es un señor correcto y amojamado, cultivador de las letras clásicas.

Marqués. Santas y buenas noches.

Doña Tula. Buenas noches.

Repiten todos el saludo.

Marqués. Tula: amiga mía: tengo el honor y el gusto de presentarte a Diana Vivar, la nueva Diana que, aun de día, alumbrá las calles de Alminares.

Diana. ¡Qué galante es! Señora...

Doña Tula. Es para mí un placer recibir su visita. Viene usted a honrar mi casa...

Diana. ¡Por Dios!

Doña Tula. Presentándosela a los contertulios, con quienes cambia afectuosas sonrisas. Mi sobrina Amalita... Juan Corrales... Dieguito Florido... Ricardo Reboyedo... Don Pepe Arcolea...

Don Pepe. Nosotros nos conocemos ya. ¿Cómo está usted, Diana?

Diana. Fingiendo que no lo recuerda. ¿Que nos conocemos?

Don Pepe. ¿No se acuerda usted? ¡Arcolea! ¡Pepe Arcolea! ¡Don Pepe Arcolea, como me yaman los amigos!

Diana. Dispense usted, pero no caigo... ¿Dónde nos hemos conocido?

Don Pepe. ¡En Jerez! ¡En los toros! ¡Si tomamos una copa e vino en er mismo parco!

Diana. En Jerez... en los toros... No caigo; la verdá.

Dieguito. A Corrales. (¡Vaya un revorcón que ze ha yevao por prezuntuozol!)

Don Pepe. Le daré a usted unos rabilos e pasas pa que haga memoria: se me ocurrió desirle a usted, y usted

se estuvo riendo diez minutos, que tenía usted dos niñas en los ojos que eran dos moñas de torero.

Se rien todos, menos la viuda.

Doña Tula. Cosas de don Pepe...

Diana. Ah... sí... Ya, ya, ya voy recordando... A Doña Tula. Pos yo, señora, no he venido antes a su casa de usted, porque no se me yamara entrometidiya...

Doña Tula. ¡Qué disparate! Pero, siéntese usted...

Diana. Crea usted que tenía verdaderos deseos... Yo soy muy partidaria der trato. Y sé que su casa de usted es muy hospitalaria.

Doña Tula. Ya se echa de vé quién le ha hablao a usted de eya...

Marqués. Solemnemente. Justicia, justicia...

Se aleja un poco y contempla embobado a la antigua dama de sus pensamientos.

Diana. Una cosa me han dicho que me ha hecho la grasía der mundo.

Doña Tula. ¿Qué le han dicho a usted?

Diana. ¿Usted no se ofende? Me han dicho que le yaman a esta tertulia *la Aduana*, porque por aquí pasan tos los forasteros.

Risas generales.

Doña Tula. Sí, sí; *la Aduana* le yaman, es verdá. En los pueblos nadie se libra de los motes.

Don Pepe. Ese ha sío sertero: *¡la Aduana!*

Amalita. Dieguito se lo puso.

Diana. ¿Quién?

Amalita. Señalándolo. Dieguito Florido.

Dieguito. Curándose en salud. Zí; pero zin queré yamá la atención ni buscá las parmas.

Diana. ¡Ay, qué sombra tiene!

Clava los ojos en Dieguito. Éste se turba y pretende esquivarlos. Es inútil; la viuda lo sigue con ellos adonde quiera que él se va. Todos se dan cuenta del caso. Don Pepe, allá en lo íntimo de su ser, siente envidia.

Don Pepe. ¡Este Dieguito es muy salao!

El inesperado elogio de Don Pepe contraría a Dieguito.

Amalita. Se corre por ahí que canta usted con mucho estilo.

Diana. Eso mismo se corre de usted. Y yo lo confieso: er canto es una de mis pasiones. Con visio me gusta.

Amalita. Como a mí.

Don Pepe. Entonses, esta noche nos dará usted la alegría de escucharla...

Diana. Hombre, esta noche es demasiado prontiyoy... ¿no?

Doña Tula. Aquí pasamos así er rato: mi sobrina canta, Reboyedo toca, otras muchachas bailan, er marqués dise versos suyos...

Marqués. ¡Oh!

Doña Tula. Don Pepe nos cuenta chascariyos con er salero que Dios le ha dao ..

Dieguito. ¡Porque don Pepe zí que es zalao de veras!

Diana. A Dieguito. ¿Y usted, qué hase?

Dieguito. Turbado. ¿Yo? ¡Oigo!

Diana. Soltando la carcajada. ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, qué gracia de hombre! Yo oigo, dise. ¡Ja, ja, ja! Usted disimule mi risa, pero cuando me da el ataque, no sé contenerme. ¡Y ha sido ese un gorpe maestro! ¡Ja, ja, ja!

Dieguito. A Amalia, alarmadísimo. (¡Me paece que me ha echao bola negra!)

Amalita. A Dieguito. (Bien empleo te estaría, por coquetón.)

Dieguito. (¡Yo no creo que tenga tanta gracia lo que yo he dicho!)

Diana. ¿Hay secretos?

Dieguito. No, no zeñera... Es que le estaba pidiendo a Amalita que, pa decidirla a usted, cantara eya argo.

Diana. Muy buena idea. Es una idea muy oportuna.

Soy la primera en agradecerla. Ande usted, Amalita, complázcalo usted.

Amalita. Primero que er marqués diga argunos versos.

Marqués. ¿Quién se acuerda de esas antiguallas?

Don Pepe. Sí, marqués, sí: ¡esta noche tienen que banderiyeá los mataores! ¡Esta noche es solerne!

Diana no ha prestado atención a la frase.

Marqués. Bien, bien; más vale no hacerse rogar. ¿Qué digo, Tula?

Doña Tula. Dí un *epígrama*.

Don Pepe. Uno picantiyo: er de Segunda, diga usted.

Corrales. A Dieguito. (¡Cuidao que yeva representaciones!)

Marqués. ¿El de Segunda? Sea.

Casóse Paco Reinoso
con Segunda Baraúnda,
y desde que fué su esposo,
se volvió tan malicioso...
¡que siempre *va* con Segunda!

Risas de cortesía y aplausos.

Diana. Muy bien, muy bonito...

Marqués. Mil gracias. En mis juventudes hice hasta una media docena de ellos. ¡Es un género tan difícil!

Amalita. ¡Ahora, una copla!

Diana. Ay, sí, una copla. Diga usted una copla. Yo tengo pasión por las coplas.

Marqués. ¿Una copla? Vaya la de los días de gala.
A Tula.

Doña Tula. ¡A delardo!

Marqués. A Tula. Cantar.

Prendido al corazón llevo
un negro tazo de tul;
quítale la *ele* del luto,
y el *tul*, Tula, serás *tú*.

Nuevos aplausos y muestras de aprobación.

Diana. ¡Qué ingenioso!

Marqués. ¡Qué amable, usted! El cantar también es género difícil. Yo escribí en mis tiempos así como una docenita del fraile. No más.

Corrales. A Dieguito. (¡Y qué bien se debe de cantá por *bulerías* eso der *tur*, *Tula!*)

Doña Tula. Amalia, anda tú. Anímate. Canta una cosita.

Amalita. ¡Sí, señora! A Diana. Y usted disimule los gayos que yo dé.

Diana. No pase usted sustiyo.

Amalita. Reboyedo.

Rebolledo. Usté mande.

Amalita. *La muerte chiquita.*

Don Pepe. ¡Buena elersión!

Amalita. ¿Le agrada, don Pepe?

Diana. ¿Cómo se yama lo que va a cantá?

Don Pepe. *La muerte chiquita.*

Diana. A Dieguito. ¿Cómo ha dicho usted?

Dieguito. Yo no lo he dicho: ha zío don Pepe. *La muerte chiquita.* Ez una canción que canta Amalia como los propioz ángeles.

Amalita. ¿Te vas a divertí conmigo?

Diana. Vamos a oírla.

Música

Amalita. Ay, mamita, y ay, mamita,
oígame usted un secretito:
er sobrino de Benita,
Benitito,
me da la muerte chiquita.

—
Que lo miro, que me mire,
que lo veo, que me vea,
que suspiro, que suspire,

que se marcha, que se quea,
ya me tiene ustedé, mamaíta,
trastorná por la muerte chiquita.

—
Es un fresquito que es caló;
es un sartito sin sartá,
es un temblá que no es tembló,
es un tembló que no es temblá...

¡Que me da!
¡Que me dió!
¡Que me dió!
¡Que me da!

Estremeciéndose.

¡Aaaaah!...

—
Que lo vea caye arriba,
que se vaya caye abajo,
que me pida que le escriba,
que me cante por lo bajo,
ya me tiene ustedé con la cosa
de la muerte chiquita dichosa.

—
Es un fresquito que es caló... etc., etc.

Cesa la música.

Grandes aplausos y felicitaciones.

Diana. ¡Presiosa! ¡presiosa! ¡Y grasiosísima! ¡Y qué bien la dise!

Amalita. Gracias; es favó.

Diana. Tiene ustedé que enseñármela. Ustedé y yo vamos a sé muy amiguiyas.

Amalita. Sí, señora.

Diana. ¡Cuidao si es monísima la causión! ¡La muerte chiquita! Me va a mí eso. Mirando a Dieguito.

¡Que me da!
¡Que me dió!

¡Que me dió!

¡Que me da!

¡Aaaaah!...

¡Ya lo creo que tiene usted que enseñármela!

Amalita. ¡Digo!

Doña Tula. ¿Y usted, qué va a cantarnos?

Diana. ¿Por fin?

Don Pepe. ¡No faltaría otra cosa!

Amalita. ¡Claro! Ande usted, ande usted.

Todos insisten.

Diana. Ea, pos vamos ayá. Estoy yo pensando qué cantarles... Diga usted, maestro.

Rebolledo. Señora.

Diana. ¿Conose usted la cansión der *Sinito mío*?

Rebolledo. ¡Sí, señora! ¡La conozco y la sé!

Don Pepe. ¡Este Reboyedo es una corchea con pantalones!

Diana. ¿Podrá usted acompañármela?

Rebolledo. ¿Quién dijo podrá?

Dieguito. A Corrales. (No ze entera de na de lo que le brinda don Pepe. ¡Ze le ha zentao en la boca 'el estómago!)

Diana. ¡Vamos, que haserme a mí cantá esta noche!...

Don Pepe. Y me desía usted a mí que era prontiyo...

Diana. ¡Pos ha cambiao el aire!

Rebolledo. Cuando usted guste, doña Diana.

Diana. ¿Doña Diana? ¿Qué le he hecho yo a usted?

Rebolledo. Cuando usted guste.

Música

Diana canta con intención y brío, dedicándole la canción a Dieguito, que no sabe dónde meterse.

Diana.

¡Fué mi sino
encontrarte en mi camino!

¡Fué mi suerte
vorvé los ojos y verte!

Sin conoserte te quería,
sin que me hablastes te escuchaba,
y aunque tu nombre no sabía,
¡por ér te yamaba!

¡Fué mi suerte
vorvé los ojos y verte!

Y me asartó un desvarío
y la sangre se me ardió,
y sentí que tú eras mío
y de otra ninguna, no.

¡Fué mi orguyo
lograr er cariño tuyo!
¡Fué mi sino
encontrarte en mi camino!

Cesa la música.

Aplausos de entusiasmo, ¡bravos! etc., etc.

Doña Tula. ¡Soberbia! ¡soberbia!

Marqués. ¡Deliciosísima canción!

Amalita. ¡Qué voz más bonita! ¡Qué encanto!

Corrales. ¡Y qué estilo más neto!

Don Pepe. ¡Sangresiya torera, na más!

Dieguito. Muy bien, muy bien cantao...

Diana. Muy bien oído... y muy bien acompañaio.

Rebolledo. ¡Se acompaña usted sola!

Diana. No lo crea usted.

Marqués. ¡Bis! ¡bis!

Dieguito. ¿Cómo?

Marqués. ¡Bis! ¡bis! ¡Esto hay que oírlo nueva-
mente!

Amalita. ¡Sí! ¡sí! ¡Otra vez! ¡otra vez!

Generales aplausos.

Diana. ¡Cuánta amabilidad!... Acabaré por abochornarme...

Rebolledo. A la disposición de usted, señora.

Diana. Nos echaremos la vergüensiya a la espalda. Después de to, a nadie le amarga un durse. Se prepara a cantar.

Dieguito. Buscando un pretexto para irse, mira su reloj. ¡Huy, qué tarde! Yo con permizo de ustedes me tengo que í... Lo ziento... pero me tengo que í...

Don Pepe. ¿Será usted capaz de dejá esto ahora?

Dieguito. Aturdido. No tengo más remedio... Es que mi tita está un poco malucha...

Doña Tula. ¿Sí?

Amalita. ¿Sí?

Dieguito. No es coza de cuidao... Un catarriyo... Ze azomó ar barcón lá otra noche y ze pasmó... Y hoy le dolía mucho la cabeza... Y he quedao en yevarle dos zinapismos...

Amalita. Mira, compra cuatro.

Dieguito. ¿Eh? Condiós, doña Tula...

Doña Tula. Adiós, hijo. Que se alivie la enferma.

Dieguito no ve la salida. Azoradísimo, les va dando la mano a to dos los presentes.

Dieguito. Gracias... Zeñora, ya zabe usted donde tiene zu caza y un amigo...

Diana. Confundiéndolo aún más con su sonrisa y sus palabras y estrechándole la mano mientras habla con él. Muchísimas gracias... Por mi parte, en cuanto yo ponga mi casa, que aun vivo en la fonda, me fartará tiempo pa ofresérsela a usted...

Dieguito. Gracias... gracias...

Diana. Cuento con sus visitas...

Dieguito. Zí, zeñora, zí...

Diana. Con su amistá...

Dieguito. Zí, zeñora...

Diana. Con su... Vaya usted con Dios, Diego.

Dieguito. Condiós, zeñora... Amalita, condiós...

Amalita. Que te alivies, hombre...

Dieguito. No, zi la enferma es mi tita. Condiós, Corrales...

Corrales. Condiós, Dieguito.

Dieguito. Condiós, Reboyedo...

Rebolledo. Vaya usted con Dios.

Dieguito. Condiós, Marqués...

Marqués. ¡Siempre a su devoción!

Dieguito. Condiós, don Pepe...

Don Pepe. Hasta mañana, niño.

Dieguito. Hasta mañana... ¿Doña Tula?

Doña Tula. De mí te despediste ya.

Dieguito. Zí, pero como ez usted la dueña... Buenas noches... A LUCAS, que aparece en el fondo, dándole la mano también. Condiós, Lucas...

Lucas. Sorprendido. Páselo usted bien, señorito.

Don Pepe. ¡Que se va usted sin er sombrero!

Dieguito. Tengo en mi caza otro... Buenas noches .. Pero de toas maneras... Buenas noches...

Coge su sombrero y gana la puerta como puede.

Don Pepe. ¡Ja, ja, ja!

Don Pepe se ríe con intención de que se haga leña de Dieguito.

Diana corta la risa con una pregunta de interés.

Diana. ¿Quién es este muchacho tan simpático?

Doña Tula. Dieguito Florido. Una beya persona.

Don Pepe. ¡Y un hazmerreí, como está usted viendo!
¡Una mojjangala!

Diana. Eso será según se mire. A Amalita. ¿Verdá?

Amalita. ¡Naturarmente!

Doña Tula. Vive solo con una tía que adora en é.

Rebolledo. Diana, yo estoy aquí a sus órdenes. Cuando usted me mande, señora.

Diana. A eyo!

Lucas. Que ha permanecido observando el cuadro, (¡Ya sentensió! ¡Don Dieguito Florido ha hecho su fortunál)

Música

Diana. ¡Fué mi sino
encontrarte en mi camino! *
¡Fué mi suerte
vorvé los ojos y vertel...

Cae el telón.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Calle. A la izquierda del actor la casa de Dieguito Florido. Es de noche y hay luna. En una esquina un farol encendido. Cerca de él colgado en la pared, un cepillo de Ánimas.

Música

El misterio de la noche envuelve las blancas calles de Alminares. De vez en cuando sopla el aire con rumor temeroso, de vez en cuando con suspiros de amor, con ayes de celos o con lamentos de desvíos. Una campanada suena en la torre de cercana iglesia.

DIANA, recatado el hermoso rostro tras un negro velo de encaje, sale por la derecha. Se detiene ante el cepillo de Ánimas y deja una limosna en él. Sigue su camino y desaparece por el opuesto extremo de la calle, mirando con ilusión e interés la casa de Dieguito. El aire que al pasar respira queda lleno de palpitaciones juveniles, de secretos de amor...

Cuando cesa la música, DON PEPE ALCOLEA, que a la cuenta seguía o espiaba los pasos de la interesante viuda, sale por donde ella.

Don Pepe. Con el achaque de la limosnita pa las Ánimas, esta mujé yeva ya ocho días paseándole la caye a ese nene. ¿Le paese a usté? ¡Y tres meses largos disiéndole de toas maneras que le gusta! ¿Es o no es una aberración? Pero ¿qué gracia le habrá encontrao pa perseguirlo así? Cuando a un matao le sale un toro de esas condisiones, que le embiste a to menos ar trapo, loco se vuelve y no sabe qué lidia darle. Mira hacia la izquierda. Ayí viene mi hombre. ¡Con toa la cara de un sacristán de monjas!... Y acompaña de dos amigos, pa que no se pierda la criatura. ¡Angelito! Aguardaré a que lo dejen solo. Por supuesto, Pepe Arcolea, si antes de

una semana no has clavao tú media estocá en to lo arto, ¡córtate la coleta ya, y ponla en tu casa en un cuadrito, junto a la trensa de tu abuela! ¡Y sin cristá, pa que se entretengan las moscas!

Se oculta por donde salió. Queda la calle sola un momento. Luego aparecen por la izquierda DIEGUITO, CORRALES y JOSÉ MARÍA, nuevo camarada.

Corrales. Ea, Dieguito: ya yegaste a tú casa sano y sarvo. Ni te han maniatado en er camino, ni te ha salío ar paso er fantasma, ni te han cortao la nuez.

José María. Esta guarda nos la tienes tú que pagá de argún modo.

Corrales. Eso en la bodega, en la bodega.

Dieguito. Estaba mirando pa ayá, porque me parecía que había ayí un burto...

Corrales. ¡Lo que hase er mieo!

Se ríen los dos amigos.

Dieguito. Es que ar más guapo le doy yo esto que a mí me paza... ¡Acozao por una mujé que en cinco años ha enterrao a trez hombres, y que ze ha fijao en mí pa que zea er cuarto! Reirze, reírze, que tiene mucha gracia; pero yo he pazao un veranito...—¿No hay ayí un burto?

Corrales. ¡No, hombre! ¡Son tus ojos!

Dieguito. Es menesté ponerze en mi lugá. ¡No voy a un zitio que no me la encuentre! Y luego a mi tita la ha envuerto. La tiene embelezá. Tos los días le manda un regalito: o tortas, o yemas, o flores, o vino dulce, o azofaifas... Ahora mismo ze va a pazá en zu finca de *Los Naranjales* er mes de Zetiembre. ¡Pos ya ha comprometío a mi tita pa que vayamos unos días eya y yo!

Corrales. Es que ha invitao a mucha gente, hombre.

Dieguito. ¡Como que no zabe dizimulá!

José María. Por sierto que a don Pepe Arcolea no lo ha invitao, y está don Pepe que echa humo.

Dieguito. A don Pepe no lo traga ni con meloja. Y lo que iba a decí: figúrenze ustedes a Diana en *Los Naranjales*, a la luz der zó o a la luz de la luna... con loz olores de la huerta... con lo que marean las maripozas... con er calorcito de Zetiembre. . ¡No voy! ¡No voy, porque no zoy de amianto!

Corrales. ¿Que no vas?

Dieguito. ¡Que no voy! ¡Como no ze empeñe mi tita! ¡Es mucha mujé la viuda! ¡Ze le mete a uno por los zentíos! ¿Cómo dirán ustedes que me recibió la otra mañana? ¡Pos na más que en zu arcoba; porque decía que ze encontraba acatarraíya! ¡Mentira arrastrá! Y me hizo pazá ayí, y me la encontré muy entre zábanas de Holanda, azomando na más que la cabecita por el embozo, y con una cofia de encajes muy escarolá. Yo no zé zi eya tendría de veras un catarro, pero er que zudaba era yo. De cuando en cuando zacaba una manita y ze zonaba con un pañolito roza tamaño azí. Dos pulgadas en cuadro. ¡Pa comézel! ¡Pa comézel! Yo lo comprendo. ¡Pero a mí no me da la gana de comérmela, porque me va a hacé daño!

Corrales. ¡Vamos, hombre! ¡Me da rabia oírte!

Dieguito. ¿Rabia? ¡Tú te orvías de los antecezones!... Que en paz descanzen. Ayí tenía er retrato de los íres. Con unas caras muy zonrientes. . ¡Caray!

José María. Rasón de más. ¿Dónde hay camino más seguro que er camino robao?

Corrales. ¡Er muerto al hoyo!...

Dieguito. ¡Er muerto zí, pero er vivo no!

Corrales. ¡En tu peyejo quisiea yo verme!

Dieguito. Ezo me paza a mí: que quiero verme en mi peyejo muchoz años.

Corrales. Bueno, pos condiós y que descanses.

José María. No vayas a soñá con eya.

Dieguito. Condiós, zeñores. Hasta mañana. Fijarze ar pazá ahora zi no hay ayí un burto. Los dos amigos se

marchan por la derecha riéndose. Dieguito da dos pasos hacia su casa. Se oyen dentro maullidos y ladridos en competencia. Ya van ezos dos haciendo er perro y er gato pa azustarme. ¡Qué mala zombra tienen! ¡Ay, ze me orvidaba! Acércase al cepillo y echa en él cuatro o cinco monedas. ¡Por to lo contrario! ¡Yo creo que me harán a mí más cazo que a eya! ¡Echo más dinero y zoy vecino! Sale nuevamente DON PEPE, se acerca a él y le pone una mano en un hombro. Dieguito se encoge sin mirarlo. ¡Er burto!... ¡Este ez er burto!... ¿Quién?

Don Pepe. Gente de paz.

Dieguito. Respirando de gozo. ¡Don Pepel

Don Pepe. Me yamo. Don Pepe Arcolea Martín y Ramírez de la Cuesta.

Dieguito. ¿Y a qué viene ahora la fe de bautismo?

Don Pepe. A recordarle a usted con quién habla esta noche y en este momento: ¡Don Pepe Arcolea Martín y Ramírez de la Cuesta!

Dieguito. Fos yo, don Pepe, estoy tan achicao, que cazi cazi no zoy más que D F. La marca de los carzon-ciyos.

Don Pepe. Bueno, no vengo a escuchá tonterías.

Dieguito. A la recíproca, don Pepe. ¿Quié usted pazá?

Don Pepe. Gracias. Tengo que hasé en la caye.

Dieguito. ¿A estaz horas?

Don Pepe. De la una pa arriba. Ar grano. Usted sabe tan bien como yo que hase ya tres o cuatro noches que sale por las cayes un fantasmita a asustá a las viejas y a los chiquiyos...

Dieguito. ¡Ya lo creo que lo zél! ¡Más me he acordao de los vaticinios de Lucas!... Apenas da la una en la igelesia y ze apagan las luces der pueblo, aparece en la esquina. Desde aqueya ventanita lo veo yo. Señala hacia arriba, a la izquierda. Viene, mira pa tos laos, y escribe un letrerito en mi paré.

Don Pepe. ¿Un letrerito?

Dieguito. Es claro que lo primero que mi criaio hace por las mañanas es zacá una escobiya y encalarlo...

Don Pepe. Pero, hombre, ¿y teniéndole la hora cogía, cómo no le han dao ustés ya un susto?

Dieguito. Porque ér ze adelanta; y er que da primero da dos veces. Además, ze enteraría mi tita... Y luego, que no pone más que tonterías, no ze figure usté... Ya ze canzará. Miste lo que me puzo anoche: ze me ha quedao imprezo:

«Dieguito, Dieguito,
te cazarás con la viuda, azao, aliñao o frito.»

Que ni tiene gracia, ni pega bien... ¡ni na!

Don Pepe. Pos en mi puerta han aparesío también unos versos chistosos, y he estao dos noches esperando pa darle las gracias ar poeta. Pero no ha vuerto por ayí. De ahí que me haya determinao a vení a buscarlo en esta caye.

Dieguito. Don Pepe...

Don Pepe. ¿Qué pasa?

Dieguito. ¿Y zi ze encuentra usté un dijusto?

Don Pepe. Er dijusto lo que voy es a darlo, niño.

Dieguito. Ayá usté, entonces. Oiga usté: ¿qué decían los verzititos; que me ha picao la curiozidá?

Don Pepe. ¡Qué sé yo! No me acuerdo... Una cosa así...

«Vive en este caserón
un hombre que ar mundo pasma...
por su mucho corasón;
y no le asusta er fantasma...
porque él es *un fantasmón.*»

¡Ya le daré yo a ese aleluyas!

Dieguito. Sin poder reprimir la risa. ¡Ja, ja, ja!

Don Pepe. Mosqueado. Bueno está de risa, mosito: Y quéese usté con Dios.

Dieguito. Vaya usté enhorabuena.

Don Pepe. ¡No se descomponga usted si oye un tiro!

Vuelve a marcharse por la derecha.

Dieguito. ¡Caray! No creía yo que era don Pepe tan rezuerto. Y lo han puesto así los dezaires de la viuda. No conziente é que ninguna mujé lo dezaire. ¡Ya podía tomarla con él ¡Lástima que no zea zu tipo! Da la una en la iglesia. ¡La una! Se apaga la luz del farol. ¡Huy! A cazita. Éntrase en su casa y cierra la puerta tras de sí.

Pausa. La música en la orquesta recuerda hasta el final del cuadro los temerosos ecos del principio. A poco aparece por la izquierda el FANTASMA. Es una máscara de pueblo, que lleva sobre la cabeza una luz dentro de un puchero agujereado. Anda como queriendo parecer alma del otro mundo. Observa la calle, y cerciorado de su soledad, escribe un letrero en la fachada de la casa de Dieguito. Cuando va a retirarse por la derecha, sale DON PEPE, revólver en mano.

Don Pepe. Apuntándole. Arto ahí, fantasmita. Éste se para en seco. Como te menees, te tiendo de un balaso. ¿Quién eres? El Fantasma calla. ¿Quién eres? O hablas o le doy gusto ar deo.

Rinconera. Con voz entrecortada. *Rin... rin... Rinconera* zoy, zeñorito.

Don Pepe. ¿*Rinconera?* ¿Er cochero de doña Diana?

Rinconera. Zervidó.

Don Pepe. ¿Y sales así por tu gusto?

Rinconera. No; que zoy mandao.

Don Pepe. Pos elige entre estos dos caminos: o dejá que te apague yo de un tiro la luz de la oya, y se acabaron los fantasmas en er pueblo, o haserte amigo mío.

Rinconera. Prefiero hacerme amigo de un hombre tan hombre como lo es don Pepe Arcolea. Se descubre.

Don Pepe. ¿Me conoses?

Rinconera. De zobra, zeñorito.

Don Pepe. Pos echa caye arriba.

Rinconera. ¿Adónde vamos?

Don Pepe. Por lo pronto, a mi casa.

Rinconera. Está bien. Se encamina hacia la derecha y desaparece diciendo: (¡Er mesmo demonio es mi zeñora!)

Don Pepe. ¡Fantasmitas a mí! ¡Tanto mato yo de noche como de día!

Dieguito habla desde la ventana alta que señaló antes. No se le ve.

Dieguito. ¡Don Pepel!

Don Pepe. Buscándolo en torno. ¿Eh?

Dieguito. ¡Aquí estoy!

Don Pepe. ¡Ah!

Dieguito. ¿Bajo?

Don Pepe. ¿Pa qué, hombre? ¡Siga usted con lo que esté haciendo!

Dieguito. ¿Quién ez er fantasma?

Don Pepe. ¡Esas cosas se averiguan personarmente! ¡Tómese usted una tasita e tila con asahá!

Dieguito. ¿Quié usted leerme lo que ha puesto esta noche?

Don Pepe. ¡Sí, señó! Acércase a la fachada, se alumbra y lee.
*La viudita, la viudita,
la viudita se quiere casá,
con er conde, conde de Cabra,
conde de Cabra se le dará.*

Dieguito. ¿Y er conde de Cabra zoy yo?

Don Pepe. ¡Eso, ya lo veremos! — ¡En Arminares no hay más mataó de arternativa que don Pepe Arcolea! Vase tras Rinconera.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Pequeña glorieta en un naranjal de la huerta de Diana, conocida por «Los Naranjales». Dos o tres bancos de azulejos. Es pleno día.

Por entre los naranjos de la derecha sale DIEGUITO, huyendo de Diana, y se sienta en un banco a meditar.

Dieguito. Ze lo dije a mi tita. ¡Cuidao que ze lo dije! Busque usté un pretexto, y no vayamos a *Los Naranjales*. ¡Zi no quié usté poné en peligro er zobrino que tiene! En cuatro días que yevo aquí, he perdío tres kilos. ¡Yo no zé qué hacé ya con esta zeñora! Me perzigue como a una liebre. Y corre más que yo. Vi a tené que rezorverme a lo que he penzao. Zi, zi: es lo más zeguro. Amalita está aquí; Amalita zueña conmigo... y zuspira porque yo le diga «buenoz ojos tienes»; a mí me gusta eya... ¡Pos la zaco de penas, y vaya un burladero que he encontrao! Pero ¿cómo no ze me ocurriría esto antes? Na, na: en cuanto que la encuentre zola le digo que la quiero. Quédase abstraído.

Por la derecha también aparece DIANA. Viene para comérsela, aunque haga daño, como teme Dieguito. En sus ropas no hay ya ni la más ligera alusión a sus difuntos. Se acerca a Dieguito de puntillas y le tapa la cara con el abanico, preguntándole candorosamente.

Diana. ¿Quién soy?

Dieguito. Sobresaltado. ¿Qué?

Diana. ¿Quién soy?

Dieguito. Riéndose de la gracia como un conejo que ve una escopeta. ¡Jeeel!

Diana. Tunantiyo... ¿qué hase usté aquí tan solo?

Dieguito. ¡Penzandol...

Diana. ¿Pensando? ¿Y en qué está usted pensando, ingratiyo?

Dieguito. En mis cozas... en miz azuntos...

Diana. ¿No será en alguna personiya, truhán? ¿A que sí? ¿Por qué letra empiesa? Dieguito sopla sofocado. Vamos, dígamelo usted a mí: ¿por qué letra empiesa? Vuelve a soplar Dieguito. ¿Qué es eso? ¿Tiene usted caló? Lo abanica con mimo. Dieguito siente un leve mareo. ¿Qué le pasa a usted?

Dieguito. ¡Pos que cuando usted me abanica me entra más caló!...

Diana. ¡Ay, qué grasioso! No lo pué usted remediá: está usted sembrao. Ea, tome usted; abaníquese usted solito...

Dieguito. Muchas gracias. Se abanica mirándola.

Diana. Estoy pasando unos días en *Los Naranjales*, Dieguito, que nunca se me orvidarán.

Dieguito. No; ni a mí tampoco.

Diana. ¿De veras?

Dieguito. Ze lo juro a usted.

Diana. Suspirando intencionadamente. ¡Ay!...

Dieguito. Diana...

Diana. Como si esperara la declaración amorosa de Dieguito, lo detiene con un cariñoso ademán. Aquí no...

Dieguito. ¿Aquí no... qué?

Diana. Lo que tenga usted que desirme... eso que estoy leyendo ya en sus ojijos, no quiero que me lo diga usted aquí... Va usted a desírmelo oriyita e la arberca. Yo tengo pasión por aquer rinconsiyo... ¡Está tan ocurto y tan solitario!...

Dieguito. Pero...

Diana. ¿No oye usted? Ya vienen ahí las muchachas... Aquí no tenemos soledá ni sosiego... Váyase usted a la arberca y espéreme ayí...

Dieguito. Bueno, bueno... me voy a la arberca... ¡Pué zé que me encuentre usted en er fondo!

Diana. ¡Ay, qué gracia de hombre!

Dieguito la mira, no sabe qué decirle o no se atreve a decirle lo que piensa, sopla nuevamente muy sofocado y se va por la izquierda. Diana lo ve ir muerta de risa.

Música

Diana. Dirigiéndose a un grupo de muchachas, entre las cuales viene AMALITA, y cuyas voces llamándola se oyen dentro.

¡Aquí, niñas, aquí me tenéis!
¡Venir si queréis
que yo os dé mi consejo mejor!

Salen las MUCHACHAS.

¡Venir y sabréis
cómo lograréis
la victoria segura en amor!

Ellas. ¡Hable ya, que escucharla queremos!
¡A vé si aprendemos
de sus artes el arte mejor!
Sorteras nos vemos,
amor pretendemos,
¡y nos vuelve la esparada el amor!

Diana. Tres veces me enamoré,
tres victorias conseguí:
tres fortalezas sitié,
tres fortalezas rendí.

Unas. ¿Cómo?

Otras. ¿Cómo?

Diana. ¿Cómo? ¡Así!

Todas. ¡Diga usted!

Diana. La mujer a quien un hombre le interese,
que nunca lo confiese;
que nunca dé su nombre;

que se finja enamorada de otro hombre,
y que si ha de señalarlo diga: ¡Ése!
¡Ése! ¡Ése!

Señala a la vez con el índice y con el pulgar, abiertos en ángulo.

Ellas. La mujer a quien un hombre le interese...
etc., etc.

Diana. Y esto suele sé bastante:
pocas veces es presiso nada más:
señalando ar de delante,
se consigue ar de detrás.

Porque el hombre pierde siempre la cabeza
y siempre se interesa
si no se le prefiere,
y dolido der desaire que le hiere,
se enardese y se enamora y grita: ¡Ésa!
¡Ésa! ¡Ésa!

Ellas. Porque el hombre pierde siempre la cabeza...
etc., etc.

Diana. Así, niñas, lo hice yo:
¡así tres veces vensí!

Ellas. ¡Así tres veces vensió!

Diana. ¡Tres fortalezas rendí!

Ellas. ¡Tres fortalezas rindió!

Cesa la música.

Sale por la derecha RINCONERA, criado de Diana, a quien conocimos vestido de fantasma en el cuadro anterior.

Rinconera. Zeñora.

Diana. ¿Qué hay, *Rinconera*?

Rinconera. Carretera alante, en zu jaca baya, he divizao a don Pepe Arcolea, comiéndose los campos. Hacia acá viene.

Diana. Bueno, ¿y qué?

Rinconera. Yo, por zi la zeñora quería...

Diana. No, no... Es desí... Niñas, ¿ustedes quieren que lo hagamos pasá?

Amalita. Sí, sí; que es muy grasioso. ¡Vamos a salirle al encuentro!

Todas. ¡Vamos, sí; vamos! Se van corriendo por la de recha.

Diana. Bajo a Rinconera. (¡No hay oro para pagarte a ti!)

Rinconera. Bajo también a ella. (¡Pos págueme usté en plata!) Váse detrás de las muchachas.

Amalita. Que se ha detenido en el fondo. ¿Usté se queda?

Diana. ¿Yo? Sí. De qué poquito les sirven a ustedes mis lesiones.

Amalita. ¿Por qué lo dise usté?

Diana. Porque a los hombres no debe demostrárseles nunca interés por eyos. ¿No te has enterao? A mí don Pepe me va a encontrá hablando con Dieguito en la arberca.

Amalita. ¿Sí, eh? Pos usté con Dieguito no sigue er sistema que nos aconseja a nosotras.

Diana. Confidencialmente. Con Dieguito, no; pero con ese otro, que es er que yo persigo, ya lo ves.

Amalita. Atónita. ¿Que usté ar que persigue es a don Pere?

Diana. ¡Claro! ¡Y por eso la he tomao con Dieguito!

Amalita. Pero ¿desde cuándo es eso, Diana?

Diana. Desde la feria de Jerez en que lo conosí. Le gusté, me gustó, me enteré de quién era... y le puse los puntos. ¡Yo suspiraba por tené una ganadería!... Guárdame, por Dios, er secreto. Te lo he confiao... pa que estés tranquila por tu Dieguito... Hasta luego, tonta... tontísima. Se aleja por la izquierda, cantando:

La mujer a quien un hombre le interese...

Amalita. Vaya usté con Dios. ¡Qué alegría me ha dao esta mujé! ¡Y qué rasón tiene! ¡Ahora lo veo claro como el agua! ¡He sío una chiquiya! Naturalmente...

como una no ha experimentao... ¡Er día que sea yo tres veces viuda, ya habré abierto los ojos! Abstraída continúa monologuando, lleno el pensamiento de iniciativas portentosas.

DIEGUITO vuelve por la izquierda del fondo, en cautelosa huida.

Dieguito. ¡Zí, zí! ¡En la arberca te van a esperá a ti los peces de colores! Reparando en Amalia. ¡Digo! ¡Y ésta aquí! ¡Esto es providenciá! Dirigiéndose muy ufano a ella. ¡Amalita!

Amalita. ¿Eh? ¿Qué?

Dieguito. ¡Amalita!

Amalita. Ásperamente. ¿Qué? Dieguito la mira, con gotas de miel en las pestañas. ¡Jésús, hijo, qué cara de pánfilo! ¿Qué quieres?

Dieguito. Referirte aquí a zolas un zueño que he tenio esta noche.

Amalita. ¿Ah, sí? Pos no estoy en vena de escuchá sandeses. Entretente cogiendo griyos.

Dieguito. Desconcertado. Amalita, no te conozco...

Amalita. Yo a ti sí. Nasiste tonto, y te vas redondeando con la edá. Encamínase hacia la derecha. ¡Gumer-sindo!

Dieguito. Sin poder contenerse. ¿Quién es Gumerzindo?

Amalita. ¿A ti qué te importa? ¡Gumersindo! se retira llamándolo.

Dieguito. Perplejo. Zin habla me he quedao... To lo podía yo esperá menoz este zofión... ¡Me fayó er burladero! Pausa. Eze Gurmerzindo va a zé uno dergaíto con escrófulas que ha venió ayé de Arenales... ¡Entienda usted a estas niñas! Nueva pausa. Continúa reflexionando sobre su suerte, mustio y desolado.

Entre tanto aparecen en el fondo, por la derecha, **RINCONERA** y **DON PEPE**, que hablan aparte.

Rinconera. Cuando yo le he dicho a usted que venga, es porque estoy zeguro de que va usted ganando terreno. No le pezará a usted la vizita.

Don Pepe. Gracias, *Rinconera*. A ti tampoco te pesará servirme.

Rinconera. Aguarde usted aquí a la zeñora, que vi a ayizarle. Vase por el fondo hacia la izquierda.

Don Pepe da unos pasos, ve a Dieguito y se dirige a él. Viene de punta en blanco; no se habría compuesto más un mozo que corriese su primera aventura de amor. Sombrero ancho de rico fieltro, marsellés de paño finísimo y alamares de oro, faja de seda, pantalón de punto y espuelas de plata. En la mano trae una delgadísima fusta.

Don Pepe. ¿Qué hase usted aquí tan solo y tan aburrío, camaraiya?

Dieguito. Volviendo en sí. ¡Caramba! ¡Don Pepe!

Don Pepe. ¡Paese que le han echao a usted un toro arcorrál!

Dieguito. Es pozible. Pero, ¿cómo usted por aquí?

Don Pepe. Pasaba a cabayo... y me han hecho una seña pa que entre.

Dieguito. ¡Miste zi me la hicieran a mí pa que me fuera!

Don Pepe. ¿Eh?

Dieguito. Lo que está usted oyendo. Don Pepe de mi arma, er cerco que me pone Diana es ca día más estrecho y más apretao.

Don Pepe. ¿No serán esas ilusiones de usted?

Dieguito. ¡Ya le daría yo a usted, pa que ze convenciera, los diítas que yevo en *Los Naranjales*!

Don Pepe. Pero ¿es usted un chiquiyol? ¿Hay na más fasi pa un matao que corré si no quié lidiá un toro? ¡Tírese usted ya ar cayejón de cabesa!

Dieguito. He querío meterme en un burladero y no he dao con é.

Don Pepe. Pos si ya de pura *jindama* ha yegao usted a perdé hasta la vista, pierda usted la vergüensa también y haga lo que yo, que he toreao ganao de toas clases, he hecho más de una vez cuando me ha importao poco dejá mar carté en una plasa.

Dieguito. ¿Y qué es lo que usted ha hecho, don Pepe?

Don Pepe. Er *Sullivan*.

Dieguito. ¿Er *Zúllivan*? ¿Me quíe usted decí con qué ze come ezo?

Don Pepe. Er *Sullivan* es un drama antiguo, en er que un hombre, *Sullivan*, pa desengañá a una mujé que de ér se ha prendao, en una fiesta a que lo invitan y donde eya está, prinsipia a hasé cosas feas en presensia suya: se emborracha, dise palabrotas, comete fartas de educasión, pega voses... ¡En fin, no para hasta que la propia dama enamorá lo pone en la puerta e la cayel!

Dieguito. Con súbita alegría. ¡Ay, don Pepe! ¡Usted es mi amigo! ¡Usted me ha dao la zalia de la ratonera! ¡*Zúllivan*! ¡*Zúllivan*! ¡La voy a poné como un trapo! ¡Yo zoy *Zúllivan*!

Don Pepe. Con petulancia. ¡Había de sé yo quien le hiesiera a usted er quite!

Dieguito. ¡Vi a emborracharme en la bodega! ¡*Zúllivan*! ¡Yo zoy *Zúllivan*!

Vase por la derecha muy resuelto.

Don Pepe. ¡Ja, ja, ja!

En esto viene por la izquierda DIANA, que se llega a Don Pepe con grandes muestras de sorpresa y de regocijo.

Diana. ¡Pos es verdá! ¡Si lo estoy viendo y no lo creo! ¡Dichosos los ojos, don Pepe! ¡Venga usted con Dios! ¿A qué se debe tanto bueno en mi finca?

Don Pepe. Dios guarde a usted, Diana. Lo bueno es lo que en la finca se encuentra, no lo que a eya viene conmigo.

Diana. ¡Ay, don Pepe! ¡Lo que le agradezco yo a usted esta visita... en este momento! Siéntese usted un ratito.

Don Pepe. ¡Er tiempo que usted mande!

Diana. Don Pepe... yo soy una mujé sin ventura.

Don Pepe. ¿Usted, Diana? ¿Ha tirao usted por er barcón tos los espejos? ¿No se ve usted la cara nunca?

Diana. Y ¿qué tiene que vé...?

Don Pepe. ¿Que no tiene que vé esa cara, hija mía?

Diana. Sonriéndole. No es eso... A mí, don Pepe, me sigue una leyenda terrible por la muerte de mis tres difuntos... Usté la conose... A usté, que es hombre de esperiensa y de sentío...

Don Pepe. Cuarenta y cuatro yerbas.

Diana. Se le pué hablá de cosas tan graves... Ya ve usté: ese muchacho... me huye. Lo noto, lo adivino, lo comprendo... ¡Me huye!

Don Pepe. ¡Porque es un manso!

[**Diana.** ¡No! Por mi leyenda pícara. ¡Esta desgrasia de mis matrimonios! Y entérese usté de lo que son las cosas... Mi primer marido era militá... y er pobresito murió en un combate... ¿Fuí yo la bala que lo mató? Er segundo, el infeliz, cogió una purmonía, y se murió de eya... ¿Fuí yo el aire colao? Y er desventurao der tersero, se suisidó, porque perdió en er juego media fortuna... ¿Fuí yo la bola de la ruleta? Pos, sin embargo, la gente dise que he acabao con tres hombres, que soy er cólera con fardas... y ahí tiene usté las consecuensas: Dieguito me huye.

Don Pepe. ¡Lo que paese mentira, Diana, es que una paloma marchenera, que pué volá con orguyo por tos los palomares der mundo...!

Diana. ¡Ay, qué fino está eso!...

Don Pepe. ¿Fino? ¡Pos cambiaré la sea por er percá, que es er trapo e brega! ¡Lo que paese mentira, Diana, lo que paese mentira es que usté, con esos ojos negros, que son dos miuras corriós en tres plasas, se sorprenda de que un noviyeriyo prinsipiante se asuste de eyos, y no quiera enterarse de que hay un mataó de arternativa, de lo poco clásico que quea, que está deseando brindarie a usté una faena de adorno, pa yevarse las parmas e la tarde, er tabaco der pueblo, los sombreros de la provinsia, y las dos orejas, y er rabo! ¿Y esto, está fino?

Diana. Está grasioso. ¿Y quién es ese mataó, don Pepe? ¿Usté por casualidá lo conose?

Don Pepe. Por lo visto, lo conozco y lo apresio.

Diana. Entonses dígame usté su nombre, porque si me brinda esa faena, yo tendré que haserle un regalito. Es la costumbre, ¿no?

Don Pepe. ¡Con que le tire usté una horquiya de su pelo tiene ér muy bastante!

Diana. ¿Una horquiya, don Pepe?

Don Pepe. ¡Pa ahorcarse de gusto, presiosal

Diana. Pero... ¡don Pepe!

Don Pepe. Pero, Diana, ¿tan ofuscá está usté por ese *Don Tancredo* que no ha arvertió desde que hablamos por primera vez que yo soy ese mataó de vergüensa to-rera, que de na se asusta, que quiere ganao voluntarioso y de podé, que prefiere mori en la plasa mejó que en la fonda, y que...--¡vaya por los der só!— que cuando a usté le dé la gana torea con usté al alimón ar cura que a usté más le agrade? ¡Pos ya lo sabe usté! ¡Lo dise y lo sostiene don Pepe Arcolea Martín y Ramírez de la Cuesta, que yeva en ca palabra un notariol

Diana. Fingiéndose confusa. ¡Ay... don Pepe!... Don Pepe... yo no sé lo que oigo... Estoy temblando, mire usté... Le tiende una mano. Me he quedao como el hielo...

Don Pepe. ¿Qué idea tiene usté de las temperaturas, mi arma?

Diana. Hase farte está siega y sorda... Por más que ¿cómo había yo de pensá nunca.. cómo había yo de poné mis ojos...? ¡Ay, Jesús, lo que iba a desí!

Don Pepe. ¡Dígalo usté, por su salusital

Diana. No... no... Bastante digo ya con mi tembló... con mi desconsierto... Don Pepe... Don Pepe... ¿No estoy yo soñando, don Pepe?

Don Pepe. ¡Ar que le paese que sueña, es a mí! ¿Esos sinco, pa enterarnos bien de que estamos despiertos?

Diana. Dándole ahora la mano con coquetería. Pepe...

Don Pepe. ¡Diana! ¡Na; que hay tardes que uno cree que va a queá malamente porque ha visto un tuerto en er camino, y lo yevan en hombros a la fonda! ¡Na más!

Diana. ¿Vuelve Dieguito?

Don Pepe. ¡Qué sé yo! ¡Mardita sea su estampa, si vuervel!

Diana. Pos ahí yega, sí.

Aparece Dieguito por donde se marchó, un tantico alegre y con el propósito de recobrar la libertad perdida, poniendo en juego el recurso que le recomendó Don Pepe.

Dieguito. ¡Zúllivan! Pos, zeñó; yo no he visto más pretensiones que hay en e-ta caza. Le yaman bodega a tres barriles, uno con campeche, otro con mosto y otro con vinagre! ¡Pfl... ¡Qué barbaridá! Zi yo zé esto, ¡en zeguía me pescan a mí en *Los Naranjales!* ¡*Los Naranjales!*... ¡*Los Naranjales!*... ¡Ze yenan la boca diciéndolo!... ¡*Los Naranjales!*... ¡*Los Naranjales!*... ¡Er Paraízo! ¡Y después e to no hay más que rábanos!... ¡Pfl... ¡Qué barbaridá!

Don Pepe. Oiga usted, criaturita...

Diana. ¿Ha perdió usted la cabeza, Diego?

Dieguito. ¿Ze le pazó a usted ya, don Pepe, la corajina que le entró porque no lo invitaron?

Don Pepe. ¿Eh?

Dieguito. Na, na; no ze haga usted er dizimulao, porque renegaba usted de la viuda y de tos zus difuntos. ¡Zúllivan!

Don Pepe. ¿Se quíe usted cayá, niño?

Dieguito. Aqueyo fué una porquería. No tiene otro nombre. Y místela ahí: parece que nunca ha roto un plato. Es guapa, ¿zabe usted? pero muy pegajoza. ¡Zúllivan! Ya ze lo yevará a usted pa la arberca.

Don Pepe. ¡En serio, nene: o se come usted toas esas insolencias que está disiendo, o der trompaso le saco a usted er puño por la coroniya!

Dieguito. Sincerándose. ¡*Zúllivan*, don Pepe!

Don Pepe. ¡Qué *Súllivan* ni qué canastos!

Diana. Déjelo usted, don Pepe. No le haga usted caso ninguno. Es un muñequiyo engreído. Lo halaga una pa que le sirva de bufón...

Dieguito. ¿Eh?

Diana. Riéndole las gracias que le escucha a usted...

Dieguito. ¡Hombre!

Diana. Y ha yegao a creerse que es un monte de sá.

Don Pepe. ¡De sar sosa!

Diana. ¡Eso: de sar sosa!

Gran carcajada de los dos, que descompone a «*Súllivan*.»

Dieguito. ¡Pos no abro yo la boca que no me diga usted que estoy zembraol!

Diana. ¡Y está usted sembraol!... ¡Pero de pepitas de melón!

Dieguito. Reprimiéndose. Es demaziao *Zúllivan* lo que ze me ocurre pa contestarle a usted.

Diana. Anda, don Pepe, ven tú conmigo... que te quiero enseñá la finca.

Dieguito. Estupefacto. ¿Ven tú conmigo?

Don Pepe Desdeñándolo presuntuosamente. ¡Er brazo, Diana!

Diana. ¡Con er gusto cormaol!

Don Pepe. Yéndose muy amartelado, por la izquierda. ¡Na, amigo, na! ¡Que le voy a da la vuelta ar rueo!

Dieguito, viéndolos alejarse, da rienda suelta a su satisfacción y rie alborozado.

Dieguito. ¡Le tocó la china a don Pepe! Aquí zí que viene bien aqueyo de: «¡ya te lo dirán de mizas!» saltando de júbilo. ¡Pero qué zuerte tengo! ¡De buena me he libraol! ¡Éz un gran amigo don Pepe! Yo le voy a rezá una zarve. A Amalita, que llega oportunamente por la derecha. ¡Amalita!

Amalita. ¡Dieguito!

Dieguito. ¡Mira pa ayá!

- Amalita.** ¡Don Pepe y Diana der brazo!
Dieguito. Como dos caramelos.
Amalita. ¡Rasón tenía!
Dieguito. ¿Quién tenía razón? ¿Gumerzindo, quizás?
Amalita. ¡No, hombre! Con tristeza. No pienses más en Gumersindo.
Dieguito. Pero ¿a ti qué te paza, lucero?
Amalita. ¿Lusero?..
Dieguito. ¡Zil! ¿Qué te paza, rozita de oló?
Amalita. ¿Rosita de oló?..
Dieguito. ¡Zil! ¿Qué te paza?
Amalita. ¡No sé disimulá!... ¡Que me da envidia aqueya pareja!
Dieguito. ¡Y a mí también! ¿Vamos a dárzela noz-otros a eyos?
Amalita. ¿Serías tú capaz?
Dieguito. Aquí está mi brazo, Amalita.
Amalita. ¡Grasias a Dios, hombre, grasias a Dios!
Dieguito. Y ar rey. La gracia del indurto: en lugá de la *pena de muerte*, que ha zío pa don Pepe, me toca a mí contigo la *cadena perpetua*.
Cogidos del brazo se dirigen al público.
Un aplauzo para eya...
Amalita. Un aplauso para é...
Dieguito. Otro aplauzo para aquéya...
Amalita. Y otro aplauso para aqué...
Dieguito. ¡Y Dios nos dé buena estreya!

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

- Egrima y amor**, juguete cómico. (2.^a edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.^a edición.)
Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (3.^a edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.^a edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.^a edición.)
El ojito derecho, entremés. (4.^a edición.)
La reja, comedia en un acto. (5.^a edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (7.^a edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.^a edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.^a edición.)
El chiquillo, entremés. (7.^a edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.^a edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.^a edición.)
El patio, comedia en dos actos. (5.^a edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (3.^a edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí. (2.^a edición.)
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (4.^a edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.^a edición.)
La azotea, comedia en un acto. (2.^a edición.)
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (4.^a edición.)
Las flores, comedia en tres actos. (3.^a edición.)
Los piropos, entremés. (2.^a edición.)
El flechazo, entremés. (3.^a edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.^a edición.)
Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.^a edición.)
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés. (2.^a edición.)
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (3.^a edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros. (2.^a edición.)
La zagala, comedia en cuatro actos. (2.^a edición.)
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.

- El amor que pasa**, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
- El mal de amores**, sainete con música del maestro José Serrano.
- El nuevo servidor**, humorada.
- Mañana de sol**, paso de comedia. (2.^a edición.)
- Fea y con gracia**, pasillo con música del maestro Turina.
- La aventura de los galeotes**, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
- La musa loca**, comedia en tres actos.
- La pitauza**, entremés.
- El amor en solfa**, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
- Los chorros del oro**, entremés. (2.^a edición.)
- Morritos**, entremés.
- Amor a oscuras**, paso de comedia.
- La mala soubra**, sainete con música del maestro José Serrano. (2.^a edición.)
- El genio alegre**, comedia en tres actos. (3.^a edición.)
- El niño prodigio**, comedia en dos actos.
- Nanita, nana...**, entremés con música del maestro José Serrano.
- La zancadilla**, entremés.
- La bella Lucerito**, entremés con música del maestro Saco del Valle.
- La patria chica**, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.^a edición.)
- La vida que vuelve**, comedia en dos actos.
- A la luz de la luna**, paso de comedia.
- La escondida senda**, comedia en dos actos.
- El agua milagrosa**, paso de comedia.
- Las buñoleras**, entremés.
- Las de Caín**, comedia en tres actos.
- Amores y amoríos**, comedia en cuatro actos. (2.^a edición.)
- Las mil maravillas**, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
- Sangre gorda**, entremés.
- El patinillo**, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
- Doña Clarines**, comedia en dos actos.
- El centenario**, comedia en tres actos.
- La muela del Rey Farfán**, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.
- Herida de muerte**, paso de comedia.
- El último capítulo**, paso de comedia.
- La rima eterna**, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.
- La flor de la vida**, poema dramático en tres actos.
- Solico en el mundo**, entremés.
- Palomilla**, monólogo.
- Rosa y Rosita**, entremés.
- El hombre que hace refr**, monólogo.
- Anita la Risueña**, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives.

- Puebla de las Mujeres**, comedia en dos actos.
Malvaloca, drama en tres actos.
Sábado sin sol, entremés con música del maestro Francisco Bravo.
Las hazañas de Juanillo el de Molares, apropósito.
Mundo, mundillo..., comedia en tres actos.
Fortunato, historia tragi-cómica en tres cuadros.
Nena Teruel, comedia en dos actos y un epílogo.
Sin palabras, comedia en un acto.
Hablando se entiende la gente, entremés.
El amor bandolero, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Bravo y Torres.
Los Leales, comedia en tres actos.
La consulesa, comedia en dos actos.
Chiquita y bonita, monólogo.
Polvorilla el corneta, monólogo.
Dios dirá, comedia en dos actos.
Isidrina o Las cuarenta y nueve provincias, sainete con música del maestro Giménez.
Becqueriana, ópera en un acto, inspirada en una rima de Bécquer. Música de María Rodrigo.
El Duque de Él, comedia romántica en tres actos.
El ilustre huésped, humorada satírica en cuatro cuadros, prólogo y epílogo.
Diana cazadora o Pena de muerte al Amor, zarzuela cómica en tres cuadros. Música de María Rodrigo.

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol.

Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California. — Heath's Modern Language Series. — Boston New York Chicago.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo*. Fernando Fe, Madrid.

Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.

La madrecita, novela corta.

TRADUCCIONES

Al ITALIANO:

- I fastidi della celebrità** (*La vida íntima*), por Giulio de Medici.
Il patio (El cortile sivigliano), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
I Galeoti (*Los Galeotes*), por el mismo.
La pena, por el mismo.
I fiori (*Las flores*), por el mismo.
La casa di Garca, por Luigi Motta.
L'amore che passa, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Mattina di sole (*Mañana de sol*), por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Amore al buio (*Amor a oscuras*), por Luigi Motta.
Anima allegra (*El genio alegre*), por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.
Al chiaro di luna (*A la luz de la luna*), por Luigi Motta.
Le fatiche di Ercole (*Las de Cain*), por Juan Fabré y Oliver.
Donna Clarines, por Giulio de Frenzi. Adaptación veneciana de Gino Cucchetti con el título de *Siora Chiareta*.
Il centenario, por Franco Liberati.
L'ultimo capitolo, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Il fiore della vita, por los mismos.
Malvaloca, por los mismos.
Ragnatele d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por Enrico Tedeschi. Adaptación veneciana de Carlo Monticelli con el título de *El paese de le done*.
La Zanze (*La zagala*), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Iettatura (*La mala sombra*), por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Anima malata (*Herida de muerte*), por los mismos.

Al ALEMÁN:

- Ein Sommeridyll in Sevilla** (*El patio*), por el Dr. Max Brausewetter.
Die Blumen (*Las flores*), por el mismo.
Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rohde.
Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*), por el Dr. Max Brausewetter.
Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por Mary v. Haken.
Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

Al FRANCÉS:

- Matinée de soleil** (*Mañana de sol*), por V. Borzia.
La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

Al HOLANDES:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

Al PORTUGUÉS:

O genio alegre, por João Soler.

Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por el mismo.

Al INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por Mrs. Lucretia Xavier Floyd.



PRECIO: UNA PESETA

FO FON NO DE JUVENTO

**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.16
no.1-14

